

ENTREVISTA A MERCEDES MADRID NAVARRO

CATEDRÁTICA DE FILOLOGÍA GRIEGA

M^a TERESA BELTRÁN CHABRERA

Mercedes Madrid es doctora en filología clásica. Ha sido durante muchos años catedrática de griego de instituto. Ha impulsado la renovación pedagógica desde las aulas y desde la administración donde gracias a su gestión entraron en el curriculum de bachillerato de nuestra Comunidad las asignaturas de «Fundamentos léxicos del lenguaje de las ciencias y de la técnica» y «Referentes clásicos de las manifestaciones



culturales modernas». Es autora y colaboradora de numerosos proyectos didácticos y de libros de texto de griego y de cultura clásica. Se ha interesado siempre por la perspectiva de género y como fruto de sus investigaciones ha publicado varios trabajos sobre la mujer en la antigüedad clásica, entre los que destacan *La dinámica de la oposición masculino-femenino en la mitología griega: materiales didácticos*, Premio Nacional "Emilia Pardo Bazán" en 1990 (MEC, 1991) y *La misoginia en Grecia* (Cátedra, 1999), todo un referente en los estudios sobre el tema. Su amplia trayectoria, su apasionada dedicación y en definitiva su buen hacer le valieron para recibir en 2009 la Medalla al Mérito en el Trabajo, en la modalidad de oro. Desde entonces, ya jubilada, ha seguido formando a docentes y divulgando sus conocimientos sobre el mundo clásico en numerosos cursos, jornadas y conferencias.

La Generalitat valenciana fue en su momento pionera en darle un valor añadido

a los estudios clásicos en secundaria y bachillerato ¿cómo ves la situación actual y los nuevos tiempos que se avecinan para las humanidades y en concreto para nuestras disciplinas?

La crisis de nuestras asignaturas es algo crónico desde el último tercio del siglo pasado, aunque esta fragilidad - hay que decirlo- no ha sido óbice para que el índice de colocación de los licenciados en Clásicas haya sido de los más altos. Sin embargo parece que la crisis actual es distinta ya que afecta no solo al latín y al griego sino al conjunto de las materias englobadas como humanidades, cuya “utilidad” cada vez parece estar más en entredicho, como si su estudio fuera un “lujo” que debe ser costado por quienes quieran o puedan pagárselo o no hubiera “utilidad” en los saberes que no producen beneficios o son ajenos a cualquier finalidad práctica. Esta concepción tan roma de lo que es útil e inútil junto con el materialismo propugnado por la ideología neoliberal imperante son, en mi opinión, la base para quienes propugnan que el objetivo esencial, cuando no único, de la educación es la preparación de las personas para el mercado laboral. Ya lo decía el Ministro Wert: *“los universitarios no deben estudiar lo que quieren sino lo que les emplee”*.

Pero, como señala Marta Nussbaum, establecer el absurdo dilema entre educar para la sociedad o preparar para la rentabilidad prescindiendo de las materias que no tienen una utilidad inmediata y económicamente visible, priva necesariamente a la educación del poder para hacer comprender los problemas globales y complejos de las actuales sociedades democráticas, ya que “la salud de la democracia requiere pensamiento crítico, comprensión de la historia del mundo y cultivo de nuestra capacidad imaginativa, y eso lo dan las humanidades”. A lo que habría que añadir que proporcionan además la posibilidad de dar sentido a la vida y de apreciar la belleza de las creaciones culturales, algo que algunas personas por azar o privilegio de clase descubren *per se*, pero que la mayoría solo pueden encontrar en la educación pública.

En este negro panorama parece, no obstante, que hay señales que invitan a un cierto optimismo sobre el papel que las humanidades, incluidas nuestras asignaturas, pueden desempeñar en la educación del futuro. La globalización y los enormes y acelerados cambios que está provocando la Revolución Tecnológica han puesto en evidencia la obsolescencia de un sistema educativo pensado para un modo de vida probablemente periclitado para las niñas y niños que inician ahora su escolarización. Los numerosos estudios que se están realizando (Foro Económico de Davos, Comisión Europea, etc.) predicen que dentro de unas pocas décadas gran parte de los puestos de trabajo que hoy en día conocemos se habrán extinguido y que todos aquellos que tengan un carácter repetitivo y rutinario serán sustituidos por máquinas. Consecuentemente las capacidades y habilidades que ahora exige el mercado laboral quedarán obsoletas y hay indicios esperanzadores que indican la necesidad del estudio de las humanidades. Tres ejemplos: según el MIT el fracaso de muchos de los actuales proyectos de ingeniería se debe a que no incluyen la debida atención al contexto cultural; M. Thyssen, comisaria europea de Empleo, denunciaba recientemente que pese a los millones de parados que hay en Europa, el 40% de las empresas no encuentran trabajadores con habilidades para

innovar; y en tercer lugar, Google se plantea contratar en los próximos años a más de 4.000 doctorados en humanidades al darse cuenta de que ante los grandes desafíos que se le plantean no le basta solo con ingenieros y expertos economistas. Y es que entre las cualidades que se perfilan como necesarias para el empleo del futuro se encuentran la creatividad, la agilidad para adaptarse a los cambios, la inteligencia emocional, la capacidad de aprendizaje o la empatía. Y si lo que se necesita es desarrollar el pensamiento crítico, potenciar la capacidad de imaginación, introducir flexibilidad en los modelos de liderazgo y estimular la capacidad de observación y empatía con clientes y trabajadores, parece que las humanidades tienen mucho que aportar.

Pero para ello la enseñanza de las mismas tiene que estar a la altura e innovar sus metodologías, y la mayoría del profesorado debe salir de la zona de confort de prácticas anquilosadas y trasnochadas, y comprender el nuevo rol que le corresponde en el proceso de enseñanza-aprendizaje, aplicar los avances tecnológicos a sus materias y, en definitiva, utilizar metodologías activas centradas en el proceso constructivo de conocimientos de los alumnos, en la solución de problemas y en el desarrollo del aprendizaje autónomo. Y en todo ello creo que el profesorado de clásicas está siendo pionero y proporciona magníficos ejemplos.

En tu emotivo y sincero discurso de recepción de la medalla al Mérito en el Trabajo mencionabas que siempre has trabajado en colaboración. ¿Qué nos aconsejas a los estudiantes y a los docentes en esta línea y también a un nivel más amplio?

Siempre he considerado un regalo de los dioses el haber encontrado durante toda mi vida personas con las que poder trabajar. Para mí ha sido y sigue siendo una fuente constante de aprendizaje y también de felicidad. Cuestiones personales aparte, creo que una de las mayores exigencias actuales para el sistema educativo es practicar el trabajo en equipo y fomentar la capacidad de comunicación y colaboración entre todos sus actores y en todos los niveles. Pienso que no está muy lejos el momento en el que la idea de las asignaturas como compartimentos estancos vaya, por fin, a desaparecer, y digo “por fin” porque ya desde Piaget se sabe que la interdisciplinariedad es el principio que estructura el conocimiento y que la investigación de cualquier problema implica el concurso de varias disciplinas, de modo que el énfasis del aprendizaje no debe ponerse tanto en los contenidos *per se* cuanto en las interacciones que se producen entre ellos. De ahí las bondades, por ejemplo, de la *pedagogía de proyectos* o el hecho de que ya haya centros en los que las aulas han sido sustituidas por espacios diáfanos rodeados de otros más pequeños para el trabajo en grupos dotados de múltiples enchufes y servicio de wifi. Parece pues que, dada la complejidad del mundo actual y el desarrollo de las redes sociales, en esta sociedad global y digital cada vez se dependerá más de la capacidad para contribuir y servirse de la inteligencia colectiva.

En alguna ocasión has comentado que, de poder elegir una mujer influyente del mundo clásico, escogerías la figura de la poetisa Safo. Explícanos el motivo de esta elección.

Safo fue, sin duda, la mujer más célebre y apreciada de la Grecia antigua, alabada por sus contemporáneos y citada por más de cien de los autores griegos que nos han llegado. Pero mi predilección por ella y lo que me hace valorarla de un modo muy

especial tiene que ver con la total independencia psicológica con respecto a los varones que se refleja en sus poemas y su capacidad para crear un espacio poético que constituye un auténtico contrapunto al mundo viril que refleja el resto de la lírica arcaica. Me parece admirable su talento para innovar y encontrar una manera propia como mujer de expresar sus sentimientos que la hace valorar por igual a la amante y a la amada negándose a los reproches y menosprecios que el deseo no correspondido provocaba en sus colegas masculinos.

¿Qué nos puede enseñar todavía el mundo clásico en estos tiempos del siglo XXI?

Volver al mundo clásico ha sido un ejercicio constante del pensamiento europeo a través de los tiempos. A los griegos y romanos se ha ido, en los momentos de mayor confianza y optimismo, para contrastar a partir de ellos las nuevas teorías en lo que tenían de avance y progreso, y también se ha recurrido a ellos, en los momentos de crisis y desorientación, para iniciar y plantear la reflexión sobre la identidad en peligro. Ahora parece que estos retornos ya no hacen falta, pero la Antigüedad clásica sigue aportando a occidente una concepción del mundo centrada en el hombre, que es lo que conocemos como Humanismo, y una sabiduría que ha conformado el pensamiento occidental fundamentalmente en lo que tiene de apertura y capacidad crítica. Creo que este legado sigue teniendo total vigencia en estos momentos de crisis, de miedos y de esperanza en los que parece que acaba un modo de vida y no se ve todavía cómo va a ser el que viene.

5. ¿Por qué siempre nos volvemos hacia la mitología en busca de ejemplos de comportamientos y actitudes?

Desde el renacimiento la mitología clásica ha sido un lenguaje cultural en el que la gente ilustrada podía expresarse y marcar así su *status* de clase social superior. En nuestros días esa función de “marca” de una élite ilustrada ha desaparecido, pero pervive el carácter abierto y fluctuante de sus relatos que fue lo que le permitió desde sus orígenes diluir sus límites y servir para todo tipo de transformaciones y resemantizaciones. Gracias a esta apertura sus personajes entraron a formar parte de las estructuras más profundas del imaginario occidental y por su gran fuerza simbólica se adaptaron, a lo largo de los siglos, a la evolución de las sensibilidades morales y metafísicas de la gente, encarnando, allá donde las palabras y el lenguaje racional no llegaba, las obsesiones, los temores y los recovecos más profundos del alma occidental. De ahí la imperecedera lozanía de Antígona, Edipo, Medea, etc.